

# LA PRESENCIA DE LA FABRICA

En estos tiempos de crisis para amplios sectores de la actividad humana, la sociedad vasca no permanece ajena a esta situación. El sector industrial, símbolo definitorio de nuestro país por encima de cualquier otro a lo largo de todo el siglo XX, está a punto de desaparecer después de varias fases de lo que se ha dado en llamar, eufemísticamente, reconversión.

Rentería, de gran tradición industrial, ha acusado notablemente este proceso. Todas las empresas industriales ubicadas en el centro de la población (con la sola excepción de Papelera) han dado por finalizada su actividad en la Villa. De algunas ya no queda nada (Lino, Paisa, Mantas). De otras, todavía se mantienen en pie las edificaciones que las albergaron (Esmaltería, Niessen, Lamera). A la pregunta de qué hacer con estos grandes edificios vacíos que ocupan preciosos metros cuadrados en pleno casco urbano, todos hemos dado una rápida respuesta, pasando por alto una detenida reflexión: los viejos y feos edificios industriales han de ser derribados para construir en sus solares otros de nueva factura, más bellos y mejor adaptados a las necesidades actuales.

Merece la pena detenerse un momento a realizar esta pequeña reflexión. Nadie duda de la importancia que ha tenido para Rentería y para todo Euskadi la actividad industrial en este siglo. Gracias a ella, nuestro pueblo ha prosperado y alcanzado cotas de desarrollo superiores a las conseguidas por los pueblos de nuestro entorno geográfico. Hemos construido, en todos estos años, una importante cultura en torno a la fábrica. El bienestar social que podemos disfrutar se lo debemos, sin duda, a la industria. ¿Estamos, pues, legítimamente moralmente para destruir el rastro de esta época? ¿Con qué criterios eliminamos todo vestigio arquitectónico de un período que, estudiado con perspectiva en el tiempo, ocupará un espacio importante dentro de nuestra historia? ¿Estamos a punto de cometer un acto de irresponsabilidad histórica. Demoliendo los edificios industriales que aún quedan en pie vamos a suprimir toda huella de una cultura: la cultura industrial vasca del siglo XX. No podemos permitir que las futuras generaciones de renterianos y renterianas estudien la historia de su pueblo (la que hacemos viviendo día a día) a través de videos y fotografías. No debemos ocultarles lo que, para nosotros, significó la industria.

Los historiadores modernos interpretan los modos de vida de una sociedad por, entre otros aspectos, los restos arquitectónicos que han perdurado. Ninguna sociedad que haya tenido conciencia de serlo ha destruido sistemáticamente todos los rastros de su presencia en este mundo. Se sabe, por ejemplo, cómo vivieron los griegos clásicos mediante el estudio de sus templos, conocemos la cultura egipcia recordando sus pirámides, de la cultura cristiana hay mil años de historia en las iglesias y catedrales que se conservan. Si se hacen esfuerzos para conservar estas construcciones, hagamos nosotros lo mismo para salvar nuestras propias catedrales: las fábricas. No tenemos derecho a destruir nuestra historia. Si la actividad industrial se ha ido y con ello una época entera, manténgamos, al menos, su poso, su recuerdo. Conservemos algo de la parcela histórica que nos ha tocado vivir. No destruyamos los edificios industriales.

Las fábricas, al contrario de lo que se piensa, no son feas. Debidamente restauradas, pueden mostrar toda su belleza. Sólo es necesario aprender a verlas, a sentir sus espacios, a disfrutar de su presencia. Han sido importantes. Todavía pueden seguir siendo en la medida que lo deseemos. No hay que olvidar que sólo podemos estar orgullosos de lo que somos si recordáramos por qué lo somos.

ALBERTO VAZQUEZ

